

· Don Jerónimo Velarde
 Vivió rabiando de celos,
 Y, después de treinta duelos,
 Murió á manos de un cobarde.
 Su viuda, tras breve alarde
 De inconsolable dolor,
 Al infame matador
 Le dio la mano de esposa.
 Ella se llamaba Rosa;
 Y él se llamaba Almanzor.

XXVI

La verdad va poco á poco,
 Y la mentira al escape :
 No va lejos el que corre
 Como el de atrás no se canse.

RICARDO CARRASQUILLA

BERTA

Subió la elegante joven con agilidad á la delantera del carruaje que la esperaba : recogióse el traje, y tomando las riendas de manos del *groom*, exclamó dirigiéndose á su precioso tronco de jaquitas negras y brillantes como el azabache : “ ¡ hála, diablejas, hála ! ”

Los animalitos, negros como la noche, agitando los plateados cascabeles de sus charoladas colleras, lanzáronse primero á trote largo, y después casi á galope tendido.

La joven, inclinada hacia adelante, acariciándolas con el látigo y estremeciéndose de placer, parecía embriagada por el vértigo de la carrera.

— ¡ No tan de prisa, Srita. Berta, no tan de prisa, por piedad ! ¡ tengo miedo !

La que le suplicaba en tales términos era la institutriz, una inglesa muy correcta en todo, pero nada valien-

te; al mismo tiempo se encogía y replegaba contra el almohadillado respaldo del coche, empequeñeciéndose por el miedo, como los pajarillos cuando arrecia la tormenta.

— ¡ Oh ! ¡ Miss Morton — exclamó Berta — me olvidaba de que estabas ahí ! ¡ Dispénsame, soy tan dichosa !

Y con una sola voz de mando que lanzó á las jaquitas, las diablejas negras tomaron otro paso más lento.

¡ Era tan dichosa ! ¿ Y cómo no lo había de ser la preciosa niña ! Flor temprana salida del templado invernadero del Pensionado, adorada por su padre como hija única que era ; de todos amada porque era buena, dueña de su libertad, rica, de privilegiado talento ; Dios la había colmado de todos sus más preciados dones naturales desde la cuna.

¡ Cómo no había de ser dichosa !

Y sin embargo nada de todo esto causaba en ella aquella felicidad que se reflejaba en su hermoso rostro ; y quien la hubiera encontrado algunos meses antes guiando aquel mismo coche, la hubiera oído decir : “ ¡ Oh ! ¡ Morton, cómo me fastidio ! ”

Porque era una de esas naturalezas privilegiadas é ideales que se apasionan por todo lo bello, lo grande, lo noble y lo heroico ; cosas todas bien raras en este mundo sublunar. Uno de esos caracteres en quienes brotan incessantes aspiraciones hacia el cielo, que son atraídos por Dios como atrae el Norte la aguja imanada, y que van buscando por el mundo, sin encontrarlo en él jamás, aquel centro de atracción que su corazón necesita para reposar en él por amor.

Habíanla llevado de salón en salón, de fiesta en fiesta, é interrogada sobre estas diversiones.

— Pues bien.....¿ cómo lo diré ? — exclamaba. — Me parece que poco más ó menos todo es lo mismo.

Al día siguiente del primer baile, su padre le había dicho : — ¿ Qué tal, hija mía ?

— ¡ Pues mira, la verdad es que en resumidas cuentas estoy cansada !

—¿Y los jóvenes con quienes has bailado?

—¡ Ah ! mis compañeros de danza, mis danzantes

¡ Vamos, la verdad es que esperaba que tuvieran un poco más de chispa y de alma !

Con este motivo su padre llegó á sospechar que la niña habría leído á escondidas en el convento á Schopenhauer.

—¡ Schopenhauer ! ¿y quién es ese individuo ?

—Ah, querida hija mía, un gran enfermo, que padecía una enfermedad que está de moda y que los alemanes llaman *Welstchmerz*, ¿no sabes alemán?

Sonrió Berta, y sacando de su bolsillo una monísima cartera en donde asentaba los pensamientos que más le gustaban en sus lecturas, señalóle con el dedo á su padre una página diciendo : “ ¿ Es esto por ventura ? ” Y el padre leyó : “ El hastío, ese inexorable hastío que constituye el fondo del alma humana.” (*Bossuet*).

Su padre en cierta ocasión, yendo de paseo con ella, acertó á pasar ante la pobre vivienda de uno de sus obreros, á la sazón enfermo. La invitó á penetrar con él en aquel miserable albergue, y Berta entró y vio al pobre enfermo, á su mujer y á sus hijos, y en medio de la relativa limpieza de aquella casita, oyó la voz del desamparo y de la miseria que llamaban á la puerta de su corazón. Fue una revelación..... su corazón latió apresuradamente de un modo desusado..... Parecíale que Dios la llamaba : ¡ Hija mía, hija mía ! Y desde aquel día las diablejas negras de su cochecito no conocen otro camino que el que lleva á los pobres tugurios de la aldea, escalonados á lo largo de callejuelas estrechas, expuestos á la intemperie y á la lluvia, en donde tiritan los enfermos ó lloran las madres ; pobres cabañas, en las que se quejan de hambre los pequeños, establos en que nacería Jesús, si hoy debiera nacer otra vez.

Y hé aquí explicado el origen de su dicha. Estaba cuidando á una pobre madre que yacía enferma al lado de la cuna de su niño : le había llevado un manto de abrigo, un poco de vino rancio y succulento extracto de carne, unas mantillas para el recién nacido..... ¡ qué sé yo cuántas cosas ! Y al ir á despedirse, una niña, la hija mayor de la enferma, Irma, que mecía la cuna del niño y que con ojos llenos de fijeza y de asombro había visto cómo cuidaba aquella señorita á su madre, rompió á llorar sin decir una palabra ; después, desbordándose de su corazoncito el afecto, echó sus brazos al cuello de Berta, besándola y exclamando : “ Oh tú, tú eres buena ! ”

Y preguntáis ¿ por qué era dichosa Berta, la rica, la hermosa Berta ?.....

Por aquel beso de la pobre niña, que se cuelga de su cuello y le dice que la ama.

— ¡ Así que las diablejas negras tienen que correr, no hay más remedio, tienen que correr á escape !

—¡ Querida Morton, yo no puedo ir á este paso ! ¡ el camino es excelente, no hay peligro, yo respondo ! Y azotando con la punta de su fusta el lomo de sus jaquitas, éstas recobraron el trote largo, que se transformó en galope rapidísimo, vertiginoso, al través de los corpulentos árboles que sombreaban el camino.

Al extremo formaba éste una curva rápida, y sin frenar su fogoso tronco, Berta, aflojando las riendas, lo obligó á describir la curva : desgraciadamente vio demasiado tarde á un obrero que caminaba en dirección contraria. “ ¡ Cuidado ! ” gritó Berta.

De un salto el obrero se puso fuera de peligro, pero manchándose en el lodo de la cuneta. Una inmundicia y maldiciones de odio hirieron los oídos de la joven.

El coche se alejaba rapidísimamente..... y no oyó más ; pero pálida, temblorosa, con el corazón oprimido : —Juan—dijo á su *groom*—¿ conoce usted á ese hombre ?

—¡ Ah, señorita—respondió Juan—ya le dije á usted que no convenía ir á casa de esa mujer !..... es Guillermo, su marido. Es el peor sujeto de este cantón. Este es el que hace dos años quiso incendiar el castillo de la señorita, y tenía ya preparado el petróleo. Nada se puede conseguir de semejante gente, y si la señorita quisiera creerme.....

—¡ Bien, Juan, bien, te lo agradezco. Esas gentes no nos conocen, y es menester que nos conozcan; volveremos, pues, allá !

Berta cumplió su palabra.

Entre todos los enfermos á quienes visitaba, la pobre madre era la preferida; y por cierto que iba mejorando á ojos vistas, reanimada por la solicitud, y más aún por el amor de Berta.

¡ Oh, quién supiera pintar, para ponerlos delante el hermoso cuadro que contemplaban entonces los ángeles!

La madre, incorporada un poco en las almohadas de su pobre lecho, aún pálida, pero empezando á sonreír á la vida que volvía á recobrar; á su lado Berta, sentada en una silla de tosco pino, ensayándose en fajar en sus mantillitas al pequeñín; delante de ella la niña mayor Irma, pobre rapazuela de seis años, dándole uno á uno los alfileres para sujetar las fajas; y la madre, dirigiendo de cuándo en cuándo con su débil voz aquella dulce manobra, para la que no se daba Berta mucha maña.

Era de ver aquél pobre lecho rozando el traje de seda, aquella pobre Irma, casi cubierta de harapos, apoyándose con amor y confianza en la bella castellana, y á las tres cambiando entre sí alegres ocurrencias y dichos, como si fueran tres hermanas.

Mas hé aquí que la puerta se abre, y el padre, que volvía de predicar la huelga y de dar el mal ejemplo dejando el trabajo, se presenta de improviso.

Al ver á Berta entre su mujer y su hija y con su hijo pequeño sobre sus rodillas, el corazón del obrero dio fuertes sacudidas en su pecho, porque tenía buen fondo; mas

no sé qué maldito hálito le había envenenado, y acababa de jurar en su reunión socialista que él no se ablandaría jamás.

No se descubrió la cabeza y permaneció de pie clavando en Berta una mirada llena de maldad con relámpagos de odio.

Berta se levantó de la silla, y dirigiéndose á él, le alargó la mano, no sin un ligero estremecimiento.

—¡ Hola, amigo mío Guillermo—empezó á decir, é interrumpió la frase poniéndose como la grana.—Amigo mío, mucho sentí lo que sucedió el otro día; pero mis jaquitas corrían tanto, y yo le vi á usted tan tarde!

Aquellos hermosos ojos, aquella dulce voz de mujer que tomaba inflexiones de tanta amabilidad, le conmovieron; pero se acordó del Club y de sus compañeros de jaranas que se burlarían de él, y se mantuvo duro.

—¡ Ya, ya, para vosotros los ricos ¿qué significa un obrero? A un obrero, pues, se le aplasta como á un topo fuera de la madriguera.

—¡ Bestia—gritó su mujer prorrumpiendo en sollozos—pero tú no estás viendo lo que esta joven hace por nosotros!

—¡ Que nos paguen los ricos nuestros sudores, y no necesitaremos de sus limosnas!

Y la pequeñuela Irma, abrazada á sus rodillas, le decía: —¡ Pero papá, si es tan buena, es tan buena!

—¡ Quítate allá—repuso el padre arrojándola lejos de sí.

Berta se echó á llorar.

Abrazó y besó á la enferma, besó á su hija, y puso el pequeñín en la cuna.

—Hasta la vista—dijo con suave inflexión de voz y dominando su emoción,—algún día me conocerá usted mejor.

La enferma se curó por completo, y desde entonces Berta prodigó cada vez menos sus visitas; pero todos los

días, por disposición suya, Irma venía al castillo, y cuando volvía, siempre volvía cargada de regalos.

Tanto, que poco á poco fue cambiando de aspecto la pobre casa, en donde parece que había vuelto á penetrar la comodidad y la dicha; pero el odio ardía, sin embargo, en el corazón del padre. Tantos y tan repetidos beneficios no ablandaban su corazón.

—¡ No es posible lograr nada de gentes como ésta, señorita—decía Juan!

Y ella, llena de confianza, exclamaba: “ ¡ No nos conocen todavía, Juan, algún día nos conocerán mejor!”

Sucedió que un día Irma no acudió al castillo á la hora convenida. Y ved á Berta extrañada primero, después inquieta, porque la joven tenía singular cariño á aquella niña que tan ingenuamente la amaba. Berta mandó enganchar sus jaquitas, y partió.

Encontró á la madre llorando y con el pequeñín en su regazo.

—¿ Dónde está Irma?—preguntó.

—¡ Ah!, señorita, Irma está enferma de gravedad, vino el médico y no ha querido por nada decir lo que tiene; pero ha mandado que la separen del chiquito.

—Pero..... ¿dónde está?

—Mi hombre le ha hecho una camita allá en el lavadero y allí está con ella: él quiere mucho á esa hija de mi alma..... ¡ Oh, si sucediera una desgracia, qué sería de nosotros, Dios mío!

—¡ Vamos, vamos, buen ánimo! ¡ Voy á verla!

Detrás de la casita, adosada al muro, había un colgadizo en donde se hacían las coladas tan necesarias á los carboneros, y allí cerca del horno, el padre había compuesto, bajo cuatro tablas viejas, una camita para su pobre niña; y allí estaba pensativo velando á la cabecera.

Cuando Berta empujó la puerta se estremeció el obrero, y extendiendo los brazos hacia adelante:—¡ No éntre usted—gritó—no éntre usted!

—Ya es tarde—exclamó Berta con deliciosa sonrisa—ya estoy dentro.

—¿ Pero usted sabe lo que tiene esta chiquita? ¿ Sabe usted que podría usted morir..... ¡ tiene la difteria!

Berta sintió un estremecimiento rápido como un relámpago que recorrió todo su cuerpo. La naturaleza humana instintivamente temblaba; mas en medio de ese relámpago oyó la voz de Dios por segunda vez, que la llamaba: ¡ Hija mía! ¡ hija mía!

Y acudió á la voz de Dios.

—¡ Ah! ¡ la difteria! ¿y no es más que eso?

—¡ Pero le digo á usted que es contagiosa, que es mortal!

—Nadie se muere hasta que Dios quiere, amigo mío, dejadme ver á la niña. Y se encaminó á la camita en donde Irma reposaba. Estaba roja como la escarlata, la pobre-cita abrasaba, devorada por la fiebre, y por entre sus dientes apretados se escapaba su respiración como un hipo estridente.

—¿ Le han dado lo dispuesto por el médico?—preguntó Berta.

—No he podido lograrlo: la niña no quiere abrir la boca.

Berta tomó un pincel, y echó en una copa el contenido de un frasquito.

—Tenga usted esto—dijo al padre, y después inclinándose sobre la enfermita:—Irma—le dijo con voz amorosa.

La niñita entreabrió los ojos, y al reconocer á Berta, una sonrisa embelleció sus abrasados labios.

—Soy yo, hijita mía, y voy á curarte: ¡ abre bien la boquita, querida!

Y la niña obedeció. Berta, con gran presteza, le humedeció la garganta. Volvió otras dos veces á hacer la misma operación: la niña sufría, retorció los bracitos, pero era Berta, y por Berta ella quería sufrirlo todo.

—Hemos concluído, queridita mía. ¡ Ahora á dormir y la arropó cuidadosamente como lo hubiera hecho su propia madre.

—La salvaremos —dijo al obrero.—Hasta dentro de muy poco. Adiós.

Las diablejas negras no reposaron durante tres días: del castillo á la casita, de la casita al castillo, corriendo sin cesar.

Nadie hubiera reconocido áquel rincón del lavadero: una camita de hierro cubierta de blandas mantas y limpia colcha había sustituido al desvencijado lecho de Irma; el banquillo de madera en donde velaba el padre, había sido arrojado fuera, y ahora, asentado en blando sillón de muelles, contemplaba á su hija que dormía con sueño tranquilo. ¿ Qué pasaba en aquel corazón de bronce? Todavía no había salido de su boca una palabra de gratitud..... Cuando las lágrimas se agolpaban á sus ojos, se las sorbía hacía dentro. “ He jurado, decía, no ablandarme por nada,” y ahogaba los sentimientos de su corazón. ¡ Pero cómo le hervía la cabeza, qué tempestades se desencadenaban en su alma!

La tarde del tercer día, al irse á retirar Berta, uno de los encajes que adornaban las mangas de su vestido se encañó en el pestillo de la puerta y se desgarró:

—¡ Jesús, qué desmañada soy! —exclamó la joven—y cogiendo el pedazo que colgaba desgarrado, lo acabó de romper con viveza y lo tiró fuera de la puerta.

—Hasta mañana—dijo Berta—¡ Creo que nuestra niña se ha salvado!, y partió.

Cuando ya estaba lejos, el obrero sintió en esta ocasión que el corazón se le deshacía en lágrimas. Tomó la luz que alumbraba el mezquino cobertizo, y registrando con los ojos si alguno le podría observar en el campo, abajándose hacia la tierra, empezó á buscar el pedazo de encaje desgarrado. Le encontró, y escondiéndolo, entró en el tu-

gurio de su niña, y allí solo, vueltas á ella las espaldas, contempló un momento aquel pedazo de encaje; después, como si fuera la reliquia de un santo, lo besó con prolongadísimo beso..... doblólo cuidadosamente con sus toscos dedos, lo envolvió en un pedazo de periódico, y con un alfiler lo sujetó sobre su camisa encima del corazón.

¡ Ah, sin las malas compañías, Guillermo sería otro hombre..... Mas los compañeros le llamarían cobarde!

Al día siguiente Berta no volvió.

Por la tarde, cuando el anciano médico vino á ver á Irma en su chiribitil: “ ¡ Albricias, le dijo á Guillermo, aquí todo va bien: la niña está fuera de peligro, pero creo que la señorita Berta no saldrá de ésta!”

El obrero dio un grito que parecía un rugido, y asiendo ambas manos del doctor:

—¡ Oh! pero..... la señorita Berta no tiene la difteria, ¿ no es verdad?

—Sí, Guillermo, es la difteria, y en un grado de que desgraciadamente pocos escapan.

—Pero, ¿ verdad que no morirá, verdad que no?

—Mucho me lo temo..... los ángeles suelen volver tan pronto al cielo!

—Oh, lo que usted dice es horrible.... Me voy á volver loco. ¡ Conque es decir que aquí la hemos matado!..... Ah, señor doctor, yo nada entiendo, pero he oído decir que..... ¿ Es cierto que puede uno dar su sangre á otra persona?..... ¡ Ah, aquí está mi sangre, toda, toda estoy pronto á darla por ella!..... ¡ No! ¡ no! ¡ no! ¡ es imposible que muera!..... ¡ Esto es horrible! ¡ horrible!.....

—Vamos, tranquilízate, Guillermo; en este caso para nada sirve tu sangre. Ruéga á Dios por ella..... aunque según las trazas, no me parece que tienes tú mucha costumbre de rezar.....

Cuando el médico lo dejó solo con Irma, el obrero se dejó caer en su sillón, y apoyando los dos codos sobre la

mesa se sujetó con ambas manos la cabeza..... Después, de repente, corrió á la camita de Irma, y arrodillándose delante de su niña : “ Irma, le dijo, ayúdame á decir el Padre nuestro, ¡ dímelo despacito, hijita mía !.....”

La niña cruzó sus manecitas : Padre nuestro, que estás en los cielos, decía ella con su dulce vocecilla. Y el padre repetía : Padre nuestro, que estás en los cielos..... Y en torno de aquel pobre albergue se escuchó el aleteo de los ángeles que recogían y llevaban hasta el trono de Dios la oración de aquel corazón endurecido.

—

Dos días después no hubo esperanza alguna de vida para Berta. Y al anochecer se pudo observar á Guillermo que al través de la negra sombra de la alameda de árboles, con precipitados pasos, febril y el corazón oprimido, se dirigía al castillo.

Llamó : Juan, que estaba advertido, salió á abrir.

—Dijéronme que la señorita Berta quería que viniese.

—Sí, sígueme—dijo Juan.

Y al través del gran parque de entrada, á lo largo de la escalera de mármol blanco, sobre los tapices de Esmirna, donde se hundían sus toscos zapatos, en medio de los mármoles y bronces marchaba el pobre Guillermo sin ver nada.

Al extremo de un corredor, Juan abrió una puerta..... Estaba Berta allí reclinada en un lecho de colcha blanca festoneado de seda azul ; la fiebre hacía resaltar más su encendido rostro sobre la blanca almohada ; y como si Dios no hubiera querido que la desfigurara la enfermedad, sus ojos conservaban aún su mirar dulce y apasionado, y sus labios su cariñosa sonrisa. Indicó al obrero por señas que ella no podía hablar, y le alargó su mano.

Entonces él se arrojó con las dos rodillas en tierra, y haciendo con sus manos temblorosas aquella manecita pálida :

—¡ Perdón—gritó entre sollozos—perdón, perdón, lo pido por Dios, por la Virgen Santísima ! por..... No pudo continuar, la emoción sofocó su voz, mas sus labios que se agitaban mudos, besaban una y muchas veces aquella mano de la moribunda, y sus ojos la bañaban con lágrimas ardientes, abrasadoras lágrimas en que iba envuelta toda su alma destrozada, todo su corazón arrepentido !

Berta no cesaba de sonreír, y como si hubiera esperado á esta hora y ya no hubiera nada que pudiera retener su vuelo ; de pronto se incorporó en su lecho, sus ojos se fijaron con expresión extática en el espacio. Vio á los ángeles que venían á su encuentro con coronas de rosas y azucenas..... Por tercera vez oyó la voz de Dios que la llamaba :

—¡ Hija mía, hija mía !

—¡ Al cielo—exclamó—al cielo ! y dejó caer hacia atrás la cabeza murmurando : “ ¡ Oh, cuán dichosa soy !”

Después sus ojos se cerraron..... Aquel alma se elevó á las alturas.

¡ Los ángeles vuelven tan pronto al cielo !

P. VÍCTOR VAN TRICHT, S. J.

ORACION FAMILIAR

DE CLAUSURA DE ESTUDIOS

Como Rector del Colegio, y en nombre del Claustro que tengo el honor de presidir, declaro cerrados los estudios del presente año escolar.

Y conformándome con nuestras veneradas tradiciones, que son parte integrante de nuestro derecho, voy á repartir los premios que he otorgado, después de oír los informes de los superiores y catedráticos, á los alumnos que, en Dios y en mi conciencia, los han sabido merecer.